

La antorcha crepitante está en el viento
y de siglos a siglos va encendida;
la Muerte sopla su huracán violento
y fulge más la antorcha de la vida:
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?
Pero mi torvo corazón no olvida:
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Por tu frecuencia, Amor, por tu frecuencia,
por los valles letárgicos de la carne encantada
(de un humo azul la blándula almohada,
de un prócer vino la brumosa esencia)
sosiégase en la noche la frente conturbada. . .

Las alondras no cantan todavía
ni mueve sus saetas el reloj;
pero mi corazón solloza en su alegría:
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Después, quietud. El mortuorio túmulo,
loas lúgubres, flores, oro póstumo
y, en mármol negro, el Numen desolado!
Con sus manos azules, en la tarde riente
ya mi inquietud la Muerte apaciguó. . .
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ◇

Los Tres Perfiles

EN LA MUERTE DE
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Alfonso Camín

(A mis amigos y sus amigos Rafael López, Enrique Fernández Ledesma y Jesús B. González)

Tenías tres perfiles. Tu humanidad nos vino
de lejos, aún más lejos que nos llegó el Rabino;
uno de tus perfiles llegó de las Pirámides,
hembras de bronce han puesto luto sobre sus clámides;
la Esfinge del Desierto su cólera no aplaca
y sueltos los cabellos, María la egipciaca
humedece de lágrimas la abundante melena
del León legendario que descansa en la arena.
Un jirón de la noche mancha el cielo tranquilo,
sangra el Sol, como un César, en las aguas del Nilo,
aguas como tu vida que aquí estaba en rehenes
reflejando a la luna claras Jerusalenes,
joyantes Macedonias y amplias Alejandrías,
todo lo que es en suma tu perfil de otros días,
cuando en tus arenales, interior del Sahara,
iba cayendo un lento caudal de luna clara,
de tal modo que entonces fue la Esfinge al poeta
y dejó en sus oídos la palabra secreta.

Tenías tres perfiles. Fue la clave absoluta
de los astros entonces quien te habló de la ruta
de estas tierras que ha siglos separaba al azar,
de las tierras antiguas la cuchilla del mar.
Conociste la Atlántida rara y maravillosa

que hinchó al viento la púrpura de tu vela armoniosa,
y llegaste a las Indias. La Atlántida fue el puente
entre estas tierras vírgenes y el viejo Sol de Oriente.

Y hallaste aquí una parte de tu raza remota,
jirón de la cadena que el mar oculta rota,
venganza de los dioses que las gentes han visto,
más de ochocientos años antes de Jesucristo.
Pronto comunicaste al noble Rey poeta
la palabra armoniosa y la causa secreta,
y hubo fastuosidades y hubo versos de oro,
admirables alhajas de tu propio tesoro;
la Serpiente, señora de la Sabiduría,
el Aguila, que el nido cerca del Sol tejía,
fiereza, amor y audacia, inspiración y anhelo,
el Caballero Tigre y el Flechador del Cielo.
Tal pasaron los lustros en los que hallaste lauros
hasta el advenimiento del tropel de centauros,
cuando viste en un sueño de opulentos desmanes,
caer el Sol difunto sobre los tres volcanes.
No opusiste a los blancos caballeros gran fuerza,
que la ley del Destino nadie habrá quien la tuerza,
y si el Sol ha tenido que dejar su regazo
nada harán a la postre la macana y el brazo.
Cuauhtémoc aun hablaba con frases armoniosas;
tú oíste que decía: "mi lecho no es de rosas".
Y al dar su último aliento, como flor a la brisa,
recogiste, sereno, de su faz la sonrisa
que durante treinta años de tu vida presente,
fuiste mostrando a todos, indiferentemente.

Tenías tres perfiles. El tercero que obra
desleído en las páginas fragantes de "Zozobra",
y acaso en el rincón de tu armario severo,
donde quedó suspenso de pronto "El Minutero",
es el perfil de un hombre risueño y con levita,
que cree en Jesucristo, sueña con Afrodita
y deshoja su cordialidad por las calles;
hombre de Hispanoamérica que conoce Versailles,
cultiva los afectos, no desprecia el cognac,
y goza si le cuentan lances de Bergerac.
Supo bañar de rosa las mejillas resacas
de la mística musa que estudió en Zacatecas,
y la tornó una alegre paloma que a la mano
vuela tranquilamente para comer el grano.
Su musa provinciana nunca olvidó el hisopo,
pero al altar llegaba su aroma de heliotropo,
igual que si Leonardo oficiara en la misa
y pidiera la santa Comunión Monna Lisa.

Tenías tres perfiles. Y fue por eso acaso
que los creyó la Muerte tres lienzos del ocaso,
y como una cleptómana que viene envuelta en sedas,
penetró en tu recámara, robó las tres monedas,
y en su lecho de púrpura, cesáreamente obsceno,
felinamente duerme con ellas en el seno;
mientras por ti solloza María la egipciaca,
Netzahualcóyotl mira cómo su Sol se opaca,
y las hembras criollas, ataviadas de luto,
buscan para tus sienas el laurel absoluto.
España aquí te envía (Yo mellé la segur),
los laureles del Norte y las palmas del Sur. ◇

México, julio de 1921